





Marco Antonio
MARTINEZ

El profesor MARCO ANTONIO MARTINEZ, quien ingresó recientemente al personal docente del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico, es uno de los más destacados valores jóvenes de la Docencia Superior en Venezuela.

Nacido en Palmira (Edo. Táchira), el 25 de abril de 1925, en la capital de su estado nativo obtuvo su título de Bachiller, después de cursar los estudios reglamentarios en el Liceo "Simón Bolívar", de aquella ciudad.

Egresado del Instituto Pedagógico en 1950 (Promoción "Martín J. Sanabria"), con los títulos de Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal, en las especialidades de Castellano, Literatura y Latín y de Filosofía, cuatro años más tarde obtuvo la Licenciatura en Filosofía y Letras, en la Universidad Central de Venezuela.

Cursó luego estudios de Fonética en la Universidad de París, donde se contó entre los discípulos de Pierre Fouché.

Reintegrado a la patria, el Ministerio de Educación le confió las cátedras de Literatura del Liceo "Francisco de Miranda", de Los Teques.

Orientado principalmente hacia el estudio de la Filología ha llegado a destacarse, en los últimos años, en esta disciplina. Actualmente colabora con el profesor Angel Rosenblat en la elaboración del "Diccionario de Venezolanismos", es Seretario del Instituto de Filología "Andrés Bello" y titular de las cátedras de Filología en la Facul-



tad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela y, en el Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico, desde el pasado 16 de setiembre.

Hasta la fecha lleva publicados numerosos trabajos en periódicos y revistas y conserva inéditas algunas monografías sobre temas relacionados con su especialidad.

"BOLETIN", a título de emocionado recordatorio de la figura del Primer Humanista de América, a quien se dedicara del 24 al 29 de noviembre último una serie de actividades durante la "Semana de Andrés Bello", celebración que ya se ha hecho tradicional en el Instituto Pedagógico y cuya reseña aparece en otro lugar del presente número, acoge a continuación la hermosa página escrita por el profesor Martínez, redactada al calor de la aludida celebración y que, con el trabajo del Dr. Uslar Pietri, que le sigue, constituyen nuestro homenaje, en el presente año, al cantor de la Zona Tórrida.

R. P-D.

ANDRÉS BELLO



por
Marco Antonio
MARTINEZ

Mucho se ha escrito y hablado de don Andrés Bello. Muchos laureles reverdecerán sobre su tumba, muchas palabras sonoras se dirán en las academias, en los conventículos de los sabios faústicos. Sin embargo, quizá con algunas excepciones, la figura de Bello continúa en cierta forma en un tono señero, siempre como un magister, rector de la Universidad de Chile, vale decir de la cultura chilena y por ende de la americana, figura casi siempre deshumanizada, desprendida de un quehacer vital.

Asimismo las biografías de Bello, en sus aspectos de gramático, historiador, jurista, filósofo, educador, etc., son tan especializadas, que nos dan casi siempre una visión incompleta de su vida, sin ningún tono integral, como la vida misma, sin la resonancia total de su espíritu. Las vidas especializadas de Bello están pidiendo una revisión.

La figura de Bello en Caracas se destaca por unas cuantas anécdotas que lo presentan ya envuelto en una aureola de leyenda poética, casi como un niño prodigio que empieza desde temprano a jugar con los clásicos. Nos falta ver a Bello como cualquier niño venezolano, en una ciudad colonial, sacudida por los primeros brotes de la revolución de Independencia, que por la dedicación al estudio se hace heredero de la cultura colonial vene-

zolana, y que una vez, como en una aventura, surca el Caribe y se nos va, en una proyección espiritual americana.

El Bello londinense también está lleno de leyendas ya comunes, de cosas que de puro sabidas, se nos olvidan. Necesitamos disipar muchas nieblas en la vida de Bello en Londres, conocer otras cosas, no las sabidas, sino las que están por saberse. Ha llegado a tanto el mito de Bello en Londres, que algunas veces lo han presentado como un Cid en el destierro. Los mitos por su propio peso se caen.

El Bello chileno está siempre en pose doctoral, sentado en cómodo sillón, con un pliego de sus poesías en la mano y otro en una mesa. A un lado unos libros. Podemos adivinar una pedagógica sonrisa y una serena mirada de maestro. Pero nos falta ver a Bello en la realidad, el que fumaba tabaco mientras escribía o pensaba; el que suspiraba por Caracas, por sus hermanos; el que lloraba cuando su corazón recorría los sagrados recuerdos de la patria, que veía tan próxima y tan lejana, allá lejos, en plena Zona Tórrida.

Bello ya está cansado de estar sentado. Tiene casi un siglo. Queremos que se levante y verlo siempre en actividad febril, soportando toda clase de miserias físicas y espirituales, hambriento de pan y de sabiduría, hombre de carne y hueso, entero, sin casillas, que con tenacidad y maestría logró superar todas las inclemencias, las del tiempo y de la vida, y hacerse piedra inmortal, base, columna, del gran edificio de nuestra cultura.

Ya es tiempo de desbaratar leyendas, fábulas, esas aureolas de nicho que suelen rodear a muchos de nuestros héroes y sabios. Eso no menoscaba la veneración que por ellos debemos tener. Lo imprescindible es hacer sentir, palpar de cerca, la vida diaria de cada uno y convertirla en una circunstancia nuestra; acercarlos a nosotros y verlos tal como fueron. En este sentido, sus obras se reflejan íntegras, se rescatan, se incorporan a la propia vida de la patria. Una palabra de Bello dice más a un maestro, a un niño, que su mito.